

BIOPOLIS: POLÍTICAS DE LA VIDA Y CIUDADES DE SUPERVIVENCIA EN AMÉRICA LATINA

*Víctor Martín Fiorino*¹

Universidad Católica de Colombia

Resumen:

El artículo plantea un abordaje reflexivo y crítico de las condiciones de la vida política en las ciudades latinoamericanas, a partir de una caracterización contemporánea de la misma en sus posibilidades, dificultades y obstáculos, tomando como punto de partida lo contenido en la expresión *déficit de convivencia* referida al conjunto de reduccionismos, fanatismos e intolerancias. Situado en la perspectiva de los estudios de convivencia, el artículo propone una revisión de los conceptos de territorio, espacio y lugar de la vida política, presenta una caracterización de las *ciudades de supervivencia* en el contexto de América Latina y examina las posibilidades de repolitización y construcción de *ciudades de sentido*. En vista a la posibilidad de reconstruir vida política, plantea el desarrollo de competencias éticas, la elaboración de mapas políticos y la puesta en práctica de acuerdos operativos, situando el debate en el marco de la convergencia teórico-práctica sobre las prioridades éticas necesarias para el tránsito de la supervivencia a la convivencia.

Palabras clave

Vida política, supervivencia, prioridades éticas, construcción de convivencia

* Fecha de recepción 5 de abril de 2014; fecha de aceptación 29 de septiembre de 2014. El artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado con el grupo “Aldo Moro” de la maestría en Ciencia Política de la Università degli Studi di Salerno en convenio con la Universidad Católica de Colombia

1. Doctor en Filosofía por la Université Catholique de Louvain, Bélgica. Postdoctorado en la misma Universidad. Doctor honoris causa de la Universidad Alonso de Ojeda, Venezuela. Profesor invitado de numerosas universidades de Bélgica, Italia, España, Argentina, Venezuela y Colombia. Actualmente catedrático de la Universidad Católica de Colombia. Contacto: martinfiorino@yahoo.com



Abstract

The article propose a critical analysis of political life in the cities of Latin America from the concept of “coexistence deficit”. The territory concepts are reviewed, space and place and his use in the survival cities, to give the step towards cities of sense, by ethics competitions, political maps and agreements between territorial actors.

Keys words

Political life, survival cities, coexistence

El siglo XXI: bioética y política

Más allá de precisiones cronológicas, puede afirmarse que un nuevo siglo comienza cuando se hacen evidentes diferentes muestras de una transformación en lo que podría llamarse el horizonte de pensamiento de una época. Hasta el último tercio del siglo XX, ese horizonte era el de la tecnociencia, caracterizada por su gran eficacia y por el casi ilimitado poder de intervención del conocimiento sobre todas las áreas de la vida. Este fue un “siglo breve”: 1905-1970. Transcurrió entre la propuesta de la teoría de la *relatividad especial* hasta la aparición de la *bioética*, período en el cual el conocimiento tecnocientífico había demostrado ser capaz de ampliar grandemente la autonomía de los humanos para intervenir y cambiar la naturaleza, la sociedad y a sí mismos, es decir, para incidir de manera decisiva en el conjunto de la vida.

Sin embargo, en los años setenta comenzaba un nuevo siglo. Junto a la constatación de dicho poder, en este período se acentuó la preocupación por el equilibrio ecológico, el crecimiento económico sin límites; el diálogo intercultural; el acercamiento entre las religiones y la búsqueda de una ética común, entre otros grandes temas. Todos ellos, como manifestaciones convergentes de una misma preocupación: avanzar sin dañar la vida y, al mismo tiempo, promoviendo su *bien* (compatibilidad, equilibrio, sustentabilidad), en el marco de un ejercicio responsable de la *autonomía* (ampliada por la tecnociencia) y en busca de establecer relaciones interhumanas cada vez más *justas* (demanda ética global). Esto es representativo del inicio de una nueva época, marcado por el concepto mismo de *bioética*, propuesto por Van Rensselaert Potter en 1970 y desarrollado desde entonces de modo cada vez más abarcador de todas las prácticas humanas.



El nuevo siglo expresó el paso de un modo de pensar, centrado en la eficiencia, a otro, centrado ahora en el *sentido*, la reflexión y prudencia (sabiduría práctica; en la responsabilidad (personal, científica, social) y en la exigencia de compromiso de su cumplimiento (esencialmente político). Este compromiso es, en su dimensión-macro, con la vida y con el planeta, pero en términos precisos, con un “nuevo” actor político: las personas concretas, quienes, cada vez más, rechazan ser reducidas a meros electores formales, consumidores irreflexivos, partidarios intolerantes o creyentes fanáticos. Todas estas lógicas reductivas de lo humano han sido despersonalizadoras, útiles para fines de dominación, manipulación o domesticación al disolver a las personas en los extremos del individualismo o el colectivismo. El desafío del nuevo siglo es reafirmar –y, sobre todo, llevar a la práctica– una *política de la persona* en el marco de la convivencia interpersonal y el cuidado de la vida.

Vida política y políticas de la vida

A partir de la conflictiva relación entre del riesgo global y conocimiento eficaz que han moldeado las sociedades actuales, la bioética se despliega desde “el imperativo moral de cuidar la vida en todas sus manifestaciones, como urgencia contemporánea ante el riesgo inminente de perderla”.² Ello es especialmente significativo para la vida política, en su manifestación como convivencia (disposición afectiva, comprensión y desarrollo de competencias para vivir en común), hoy amenazada por múltiples reduccionismos, fanatismos e intolerancias. Situadas en el contexto histórico-cultural de América Latina, cabe preguntar qué representan hoy tales amenazas a la convivencia en las ciudades de América Latina y por la posibilidad de desarrollar en ellas políticas para la vida.

La vida política es hoy, como lo fue en la antigüedad, principalmente vida urbana. En tal sentido, cabe preguntar si en las ciudades de América Latina, con altos niveles de complejidad, conflictividad y fragmentación, es posible hablar de un nivel satisfactorio de *vida política* (urbana) como desarrollo de espacios de/para la convivencia en la diversidad, o bien, al contrario, si es inevitable caracterizarlas como meros territorios de supervivencia. Como lo han mostrado numerosos estudios de organismos internacionales, las carencias, inequidades y exclusiones que caracterizan el “orden” político global, tienen agudos

2. G. Cely Galindo, *El horizonte bioético de las ciencias*, Bogotá, (3R Ed.), 2001.



efectos en América Latina e inciden en el predominio de condiciones de vida marcadas por la violencia, la inseguridad, la desigualdad, la inequidad y la dependencia (de las dádivas del Estado o de sectores económicos o ideológicos), en ausencia de proyectos efectivos para superarlos. Estos aspectos caracterizan situaciones de grave déficit de calidad de la vida en las ciudades latinoamericanas, sumidas en situaciones de supervivencia que generan una condición políticamente defectiva, bien lejana de la capacidad de construir comunicativamente un proyecto de vida en común, como espacio para que los ciudadanos deliberen, acuerden y ejerzan un cierto grado de poder sobre el tipo y la calidad de vida que desean.

La globalización ha tenido, como lo han señalado varios autores, entre otras de sus consecuencias negativas, el fin de la política, el distanciamiento del ciudadano frente a los centros de poder y el incremento de la violencia,³ caracteres que marcan, en las ciudades de América Latina, la condición (no solo situación) de exclusión de grandes sectores del acceso a bienes económicos, sociales, políticos y culturales. La ausencia de efectivas políticas para la vida (seguridad, equidad, participación) y mero esbozo de pseudo-políticas de supervivencia (individualismo, competitividad extrema, desconfianza y aislamiento), caracterizan la precaria experiencia política de la dependencia y el pragmatismo básico, a-moral y a-nómico, presente en las grandes ciudades latinoamericanas como estrategias mínimas para mantenerse en la existencia.

Cabe preguntar si este sustrato permite algún grado de desarrollo efectivo de proyectos de vida en común, o ampliar aquellos planteados en algunos sectores muy puntuales para articularlos en la compleja trama política urbana. Y si tales proyectos, en el caso de ser posibles, se apoyan en la capacidad básica de la condición humana: la capacidad de elegir.⁴ Desde el horizonte bioético, la ciudad, como espacio político para el desarrollo de capacidades de y para la vida, representa el tejido “de las combinaciones alternativas que una persona puede hacer o ser: los distintos funcionamientos que puede lograr” para impulsar el despliegue de su potencialidad humana (*dynamein política*). Supervivencia o capacidad para la vida marcan los extremos de una tensión bioética de vida política.

3. M. Serrano, *Ética y Globalización*, Madrid, Akal, 2004.

4. A. Sen, *La calidad de la vida*, México, FCE, 2002.



Territorio, espacio biopolítico y persona

La ciudad es hoy un tema importante en la bioética porque en ella, como problemático territorio para construir convivencia, se están gestando con dificultad formas de vida menos desintegradas. En la base de la existencia política, disponer de un territorio ha sido, desde siempre, una condición para la supervivencia, hecho aún dramáticamente presente en algunos conflictos contemporáneos. Al territorio se vinculan las actividades productivas materiales (la producción material de la vida), la construcción de relaciones de poder y el desarrollo de mecanismos para la defensa. El origen militar del concepto de territorio se expresa al entenderlo como vinculado a la conquista, la defensa y la administración. Se trata hoy de retomar el origen político que también tuvo desde su origen este concepto.

En la perspectiva tradicional, el dominio del territorio supone un primer momento de fragmentación, con el objeto de identificar y ordenar (como ordenamiento y como mandato) a los actores sometidos a control, y un segundo momento de reunificación en una estructura de comando (mando, no deliberación) centralizado. Con la fragmentación del territorio, se fragmentaba la vida. Como lugar de asentamiento de los seres humanos, el territorio urbano ha sido históricamente objeto de procesos de fragmentación/reunificación, procesos impuestos también a esos mismos seres humanos. Ciudades-objeto (económicas, ideológicas, religiosas), política-objeto (de dominación), ciudadanos-objeto, en definitiva personas-objeto, lejanas de la condición de sujetos capaces de decidir su forma de vida desde la subjetividad social.

En ese contexto, la difícil construcción de condiciones para el ejercicio de un cierto nivel de vida política ciudadana, ha supuesto una sucesión de esfuerzos de desterritorialización (visión militar) —en el sentido de resistencia a condiciones de control y dominio— y una concomitante serie de intentos de re-territorialización (visión política) sobre otras bases, orientados a construir espacios comunicativos, inicialmente reducidos pero potencialmente abiertos a su articulación, para recuperar, progresivamente, políticas para la vida mediante: el protagonismo de las personas en cuestiones ciudadanas; la comprensión y crítica de las lógicas que despersonalizan la política; la recuperación de los sentidos de la subjetividad social y de la interpersonalidad como camino a la vida en común.

Cabe entender el espacio de/para la política como espacio orientado a la vida política plena, espacio, en este sentido, *biopolítico*, entendido desde una mirada bioética de la política que va más allá del



sentido de poner la vida bajo el control del conocimiento.⁵ A diferencia de la versión militar del territorio, este espacio no está centrado en el dominio, sino en la integración. No apunta al control de las personas, sino a la comunicación interpersonal abierta, en búsqueda de acuerdo. No responde a una lógica de intervención, sino de integración. Para construir espacios urbanos (en este sentido *biopolíticos*) de comunicación interpersonal, ha sido necesario reconstruir territorios, ya no desde el poder sino desde el pluralismo y la diversidad política (de la vida) y la concertación, la regulación y la autorregulación (convivencia). Re-territorialización política para buscar en la difícil *ciudad-total* los espacios más cercanos: el barrio, la urbanización, el sector; partes vitales de una ciudad fragmentada que, a pesar de ello, pueden ser escenario de nuevas formas de interacción entre los ciudadanos, generando vida política desde un abordaje deliberativo y activo sobre problemas y prioridades, renovando formas concretas de cooperación y solidaridad y desarticulando la violencia y el lenguaje agresivo.

Desde el territorio y el espacio políticos, los ciudadanos pueden buscar (construir) su *lugar* propio, como condición para ser personas. El concepto de lugar equivale a construir sentido: el sentido de pertenecer a una comunidad humana, construir un lugar social de sentido, que pasa tanto por el aseguramiento de la supervivencia (políticas para la atención de necesidades básicas) como y, principalmente, por el desarrollo de capacidades para poder decidir las determinaciones que concretan la vida (subsidiariedad, ciudadanía activa, “empoderamiento” social). El construir un lugar de sentido a la dimensión espiritual, personal e interpersonal, que es principalmente dimensión de sentido para incluirse activamente en el proyecto de la vida.

La ciudad, como la vida, es “un espacio abierto y heterónomo, cuya teleología es un su deseo de “completud”, de finalización, el cual, por supuesto, nunca llega a ser plenamente satisfecho”.⁶ Tensión que cabe interpretar como *sentido*, pensado desde la doble significación: direccionalidad y *sensibilidad* para la vida. Aún entendida desde la crisis y el desencantamiento actual de la política, la ciudad es búsqueda interpersonal del *bien común* (concepto con renovada resonancia actual como *vida política* integrada), intento de resolver problemas para cuidar la vida (calidad de vida), dar explicaciones de sus interacciones (políticas de la vida) y alcanzar sentido de futuro en sus vivencias comunes (la vida como política, sustentabilidad y trascendencia de la vida).

5. F. Foucault, *La política de la vida*, México, Siglo XXI, 2006.

6. O. Islas, *La ciberurbe. El espacio ausente*, en C. Colina, *Ciudades Glociales*, Caracas, MEGarcía Ed. 2007.



Del mismo modo que la vida cotidiana de los latinoamericanos, sus ciudades se encuentran fragmentadas, descentradas, locales y globales al mismo tiempo, conflictivamente multiculturales y atravesadas por diversas temporalidades. El horizonte bioético de la política abre una posibilidad de reconstrucción de sentido en una realidad (vida/política) que combina, de modo complejo y conflictivo, signos de premodernidad, modernidad y posmodernidad. Ciudades, ciudadanías y personas fragmentadas en capas, combinación desarticulada de territorio, espacio y lugar. Lugar a construir desde lo *múltiple* (étnico, social, ideológico), lo *plural* (vida en pluralidad de perspectivas, pluralismo político) y lo *interpersonal* (subjektividad política).

Ciudades de supervivencia

Una mirada bioética sobre la realidad urbana de las ciudades de América Latina (no solo de sus macrociudades) las muestras solamente como territorios de supervivencia, cerradas a constituirse como espacios de convivencia. En otros términos, están marcadas principalmente por relaciones de dominio, competencia y control, ejercidas en provecho de caudillos, sectores o grupos, que difícilmente pueden articularse en tramas sociales de solidaridad, comunicación e integración de actores y perspectivas diversas, pero convergentes. En las condiciones económicas, sociales y culturales en las que se encuentran estas ciudades son ámbitos de existencia-en-el-límite: grandes concentraciones de personas enfrentadas por comportamientos de supervivencia, regidos por el poder y el dominio, que están lejos de constituir conductas de vida ciudadana y de convivencia estructuradas sobre el avance de acuerdos valorativos, actuaciones eficaces y equilibrios negociados.

Desde la bioética pueden visualizarse las implicaciones negativas -en el campo político y en relación con la calidad de vida y la realización de las capacidades de los seres humanos- de las condiciones de lucha por la supervivencia que caracterizan a las ciudades de América Latina. Uno de los elementos propios de la compleja situación de estas ciudades es la condición de fragmentación y la experiencia de la misma: fragmentación *vivida*, como refugio e intento de vivenciar una unidad (ciudad) que se escapa de las manos; *simbolizada*, en el intento de buscar nuevos símbolos que recreen un cierto espacio común; *pensada*, como justificación y resignación, como elección racional del mal menor. Es la fragmentación de la realidad política, bajo el efecto de la violencia despolitizadora de la ciudadanía y del ciudadano, a contravía



del camino hacia una necesaria ciudadanía global; fragmentación de la persona, en tiempos que requieren una visión humana *personalista* integrada. El resultado de la fragmentación es la cancelación de la vida política, reducida a “islotos” de supervivencias mediante el despliegue de estrategias solo defensivas, incapaces de generar convivencia.

Las ciudades latinoamericanas son realidades fragmentadas, no precisamente en islas de felicidad y consumo (como pudiera sugerirlo la imagen de ciertos *malls* o clubes exclusivos) sino en islotos de supervivencia, creados bajo la presión de la inseguridad y la amenaza de amplios sectores de la población arrinconados por la criminalidad, la drogadicción, la intolerancia y la agresividad. Islotos que conforman verdaderos archipiélagos de pobreza, con lazos comunicativos muy básicos, en chocante contraste con expresiones aisladas de opulencia. Fragmentación defensiva, que conduce a visiones deformadas de la comunidad, solo fundadas en la defensa de intereses o bienes, o en la apropiación o invasión de lo que se considera útil a un grupo. Tales visiones estrechas de la comunidad, dificultan y contradicen el fortalecimiento de verdadera comunidad política, necesariamente plural, dialogante, intercultural.

Repolitización y ciudades de sentido

La ciudad, tal como sucede con la vida y la política, en la fragmentación ha ido perdiendo su sentido. Ya no es posible vivirla directamente sino representársela en pedazos desarticulados, en la medida en que se le percibe fragmentada -y fragmentable para poder sobrevivir en ellas-, a través de imágenes, informaciones, representaciones que compiten entre sí. Frente a las imágenes del consumo y del poder, y a la información que da poder, ante la deformación y la fealdad como búsqueda de impacto en una sociedad des-sensibilizada, bajo las representaciones del poder y de la felicidad que crean patrones homogeneizadores, la decisión de una vida elegida libremente y con sentido de unidad se hace imposible, e intentarlo carece de sentido. Contribuir a desplegar en los habitantes de los *fragmentos de ciudad* algún grado de experiencia (re)constructiva de la *ciudad-total* es un desafío biopolítico y pasa por decisivos cambios en la comunicación y en el discurso político, que pueden promover u obstaculizar la vivencia de algo en común y una visión plural e incluyente de la ciudad, ante la omnipresencia del discurso tecnocientífico y el correlativo



opacamiento de otros discursos, como el estético, el pedagógico o el religioso, cuyo rescate es enriquecedor.

La ciudad política no está llamada a ser un territorio fragmentado a *controlar* (por cualquier poder: ideológico, económico, religioso), sino un espacio común a *desarrollar*, por y desde las personas en el ejercicio de una ciudadanía responsable. Los ciudadanos, en el ejercicio civil de una lógica política, son los encargados de construir, en medio de no pocas dificultades, un nuevo espacio de convivencia interpersonal que posibilite la aparición de lugares de sentido a nivel personal. En tal sentido, un enfoque bioético superador de la fragmentación puede ser el punto de partida de nuevas formas de articulación de lo urbano como campo de lo político, en las que se entrecruzan lo local y lo global, lo físico y lo virtual, nuevos discursos que superen las visiones simplificadoras, las telarañas ideológicas o las pretendidas leyes naturales aplicadas a las relaciones sociales. Ello supone explorar los procesos de desestructuración y reestructuración de formas urbanas tradicionales y la elaboración de una carta de *supervivencia social*, que permita desarrollar un mapa de *convivencia política* como verdadero *espacio de vida en común*.

La recuperación del sentido unitario de la ciudad es principalmente la recuperación del sentido de la vida política o, lo que es lo mismo, la percepción de que es posible trazar caminos hacia la convivencia, identificar y superar obstáculos (físicos, socioeconómicos o culturales), y acordar normas fundadas en núcleos comunicativos comunes. En vistas de ello, es posible valorar, como parte de un proyecto biopolítico de ciudad-total integradora de vida, momentos en los que la vida de la ciudad se expresa como tal, aunque episódicamente: por ejemplo, en la solidaridad ante una catástrofe, en eventos electorales u otros que se perciben como decisivos para elegir formas de ser-comunidad, en ciertas celebraciones de tipo cultural que expresan contenidos espirituales o simbólicos. A partir de tales eventos vividos-pensados, puede abrirse la posibilidad de conformar un discurso integrador (político) que, desde la convergencia de varios actores sociales, contribuya a reunir en totalidades imaginarias los fragmentos dispersos de ciudad y devolverles su sentido como partes articuladas de un tejido político vital con sentido de proyecto, descubierto como *compartido* y asumido constructivamente como *común*.

Desde la aproximación bioética, el trazado de mapas de convivencia urbana encuentra en tales totalidades imaginarias puntos de partida –que pueden ser multiplicados– para potenciar la *vivencia* de



lo compartido y el *pensamiento* de lo común. Estos puntos de partida pueden desarrollarse, para fortalecer y mejorar la *existencia política* -no solo episódica sino progresiva- de la ciudad, en los niveles relativos al tiempo, el espacio, la profundidad, la autonomía y la programación de la convivencia, en un proceso de corresponsabilización de múltiples actores en la gestión de la vida en común.

Más allá de la supervivencia y de la coexistencia, la ciudad “es un lugar en el que el individuo aprende a *convivir* con el desconocido y entra en contacto con experiencias e intereses de formas de vida poco familiares. La igualdad anula la mente; la diversidad la estimula y la ayuda a crecer”.⁷ Espacio para la biodiversidad, la sociodiversidad, la diversidad interpersonal, la diversidad cultural y valorativa, el espacio político urbano puede ser, en una red de interacciones que permitan avanzar en un proyecto común de vida, el *lugar de sentido* (local, global, humano), para el autoconocimiento, la autovaloración y la autoafirmación como fundamentos de personalización, promoviendo la articulación entre lo individual, lo grupal y lo común en relación con el bien, siempre buscado, pero nunca del todo alcanzado.

Competencias éticas y mapas políticos para con-vivir

Ante la magnitud y complejidad de los obstáculos que, desde condiciones objetivas y subjetivas dificultan la vida en común, resulta imprescindible desarrollar, como acuerdos intersubjetivos, un conjunto de competencias básicas para la convivencia política. Ellas son, principalmente, competencias éticas que, a través de actuaciones sobre problemas concretos tales como situaciones donde está en juego la vida, el sufrimiento del otro o la equidad (prioridades éticas), permiten avanzar hacia una *inteligencia ética* para convivir,⁸ abarcadora, entre otras, de las inteligencias social, solidaria y emocional, y abierta a lo espiritual. Tales competencias han sido objeto de fundamentación teórica e histórica en la filosofía, la ética y la psicología, entre otros saberes, a los que se añaden importantes estudios recientes en el ámbito de las neurociencias, que permiten hablar de “predisposiciones morales” comunes a todas las culturas, cuyo desarrollo puede favorecer la convivencia, así como también los espacios abiertos en la genética que

7. R Sennet, El nuevo capitalismo, el nuevo aislamiento, en, *Cuadernos de Arquitectura*, 238, Barcelona, 2007.

8. V Martín, *Desafíos actuales de la Ética Aplicada*, Maracaibo, Uniojeda, 2008.



apuntan a la fundamentación la realidad de un “gen-ético”.⁹ Estas investigaciones, entre otras, abren nuevos espacios de fundamentación del actuar valioso y útil para la vida,¹⁰ en cuanto referentes científicos y filosóficos para el cultivo autónomo de una inteligencia ética para convivir, que se nutre de un patrimonio tanto neurobiogenético como histórico-cultural con el objeto de desarrollar la cooperación en cuanto patrón de lo valioso, útil y ventajoso para la vida.

La polémica de los años 2000 acerca de que, ante el fracaso de la ética en “domesticar” al hombre y encontrándose a disposición la avanzada tecnología genética, la ética (“literaria”) fuese sustituida por la genética (“tecnológica”), a fin de lograr, mediante una “antropotécnica”, la necesaria “domesticación” (política) del humano,¹¹ que marca la pretensión (¿postpolítica?) de construir un ciudadano “correcto”, genéticamente programado, renunciando a asumir el riesgo de convivir por convicción libre. Esta pretensión significaría cancelar lo humano, disolviendo lo ético, lo cultural y lo histórico en lo tecnológico. La superación del ideal de la *polis* griega (excluyente) o de la *cosmópolis moderna* (formal), no pasa por *tecnópolis* (tecnociencia como política). El horizonte tecnocientífico de una ciberurbe de supervivencia programada está en las antípodas del horizonte bioético de la biopolis, centrada en la persona/ciudadano en relación de convivencia, elegida desde el riesgo pero también desde la convicción de la viabilidad de lo humano, practicada con compromiso político en armonía con todas las formas de la vida.

El desafío político del nuevo siglo puede ser reconstruir el sentido de la política como articulación de lo múltiple, desde diferentes actores, sectores, valores e intereses, que, aun siendo diversos, pueden (¿deben?) ser compatibles y cooperantes para un proyecto común de *convivencia*. Se abre así el camino para pasar de la política de sobrevivientes (aceptación resignada, acomodamiento al mal menor) a la política de los ciudadanos (desarrollo de capacidades para la vida en común, ciudadanías múltiples, formas de comunidad). De esta, a la política-proyecto (de las posibilidades, potencialidades y competencias para convivir) y ella, abierta a una política de la persona (articuladora del *poder-ser* político y el *deber-ser* ético), como política pensada y actuada desde la subjetividad social para un futuro deseable, posible y viable.

9. G. Cely Galindo, *Gen-ética*, Bogotá, Editorial Universidad Javeriana, 2001.

10. N. Bilbeny, *Por una causa común*, Barcelona, Península, 2004.

11. P. Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Madrid, Siruela, 2001.



El horizonte de la vida: la vida política

En un contexto real de precariedad y amenaza de la vida, el saber bioético retoma centralidad política como visión integrada de la vida, valoradora de la persona y generadora de criterios para el debate y la acción en torno a su protección y promoción, en dimensión micro (persona individual digna y valiosa), macro (el planeta en equilibrio) y meso (la convivencia interpersonal). Todo ello mediante un debate creativo acerca de las políticas que respondan a las necesidades, expectativas y anhelos de las personas en cuanto sujetos políticos, y, al mismo tiempo, acción creadora de lazos comunitarios que permitan gestar, en convivencia, la política desde la vida.

Gestar la política desde la vida, para el humano en tanto que *zoon politikón*, no expresa solamente disposición asociativa, sino asociatividad en vistas de un bien a realizar por medio de un proyecto de inteligencia y coraje. Con razón puede considerarse que, en la antigüedad, el surgimiento de la *polis* fue el hecho fundador de una época.¹² *Político* es el vivir en cuanto compartir elementos comunes, no como simples conectivos sociales sino como una unidad, (pensada, vivida, proyectada) de conciencia, valores y proyecto, en la articulación persona-comunidad. Unidad esencialmente plural, apoyada en el reconocimiento de la diversidad, el disenso constructivo y la elección de vías distintas, pero convergentes para la construcción de vida valiosa en común.

La vida política valiosa queda se constituye -en su núcleo ético fundamental- por acciones cooperativas y solidarias de las personas en cuanto sujetos políticos, desde y mediante un proceso comunicativo, con referencia central y constante a la conciencia de pertenencia a una nación (comunidad de origen), a valores compartidos (comunidad de vida) y a un proyecto de la realización plena de estos valores (comunidad de destino). Pasado, presente, futuro como el continuo de la vida política como proyecto humano. Ello, por otra parte, se hace real en la práctica del vivir solidario: modo de lo humano que construye, comunicativa y co-responsablemente, la unidad dinámica de bien personal, bien sectorial y bien común. Experiencia social de *coexistencia*, acción política de *convivencia*, en cuanto el *zoon politikón* no es solamente viviente social: es quien le otorga a la socialidad como coexistencia el *sentido* de la politicidad como proyecto común de vida, desde y hacia un bien deliberado en común como valioso.

12. H. Arendt, *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.



En cuanto aspiración y construcción, la vida política como expresión de vida valiosa en común, parece hoy, a nivel global y en particular en América Latina, muy lejano y extraño a la experiencia del sobrevivir solitario, característico de las sociedades y ciudades contemporáneas despersonalizadas, marcadas por la exclusión, la inequidad y la competencia salvaje. Hacer avanzar la experiencia del sobrevivir solitario hacia formas de vivir solidarios es un desafío para una nueva inteligencia (bio)ética de la política que sea capaz de abordar la fragmentación. Fragmentación (como deterioro) de la vida, del sujeto político, de la persona. Todo ello, más allá de las retóricas de la crisis, requiere ser abordado desde un Bios que reúna el poder tecnocientífico para actuar eficazmente, la orientación valorativa de la ética y la determinación y el compromiso de la política. El poder-ser decisonal, propio de la vida como política (pro-yecto elegido), da sentido a la facticidad y al deber ser de la vida ética.

Prioridades éticas y bien común

La noción de “prioridades éticas” trabajada en los estudios de ética aplicada, permite pensar que la perspectiva de aproximación bioética a la política no necesita esperar a que la teoría política llegue a un acuerdo acerca del contenido preciso del concepto de bien común en las sociedades contemporáneas, para actuar sobre el *malum commune*, representado por las condiciones efectivas de precaria supervivencia de gran parte de la población y que ha llegado a generar una “ética de la supervivencia”, con la pretendida intención de gestar reglas para la existencia insolidaria. Esta situación es, tanto desde la responsabilidad del saber cómo desde la realidad de exclusión, una *prioridad ética*. Mientras se discute acerca de la teoría de la justicia, actuar sobre las situaciones de injusticia para avanzar en el ejercicio del derecho a la no-exclusión, la no-opresión, la no-miseria: ampliar el acceso a la justicia, la dignidad, la autonomía,¹³ bases de la salud humano-social-política posibilitadora del ser persona.

Aun desde situaciones de gran desigualdad, “la construcción del bien común es una tarea compleja y ardua, pero posible (mediante) esfuerzos no solo para transformar el discurso y la realidad económica a nivel global, sino, además, para lograr una nueva forma de convivencia que comprenda el bienestar y el desarrollo económico,

13. I. Machado, Bioética y Biopolítica, en *Cuadernos de Filosofía*, Mérida 2, 2000.



pero que esté sustentada en la validez normativa de una nueva ética de la igualdad, de la equidad y de la corresponsabilidad solidaria”.¹⁴ La persona en el límite (de la vida, de la economía, de la política) es la negación de las dimensiones que hacen tal a la persona: corporalidad (segura), emocionalidad (positiva), sensibilidad (generosa), racionalidad (solidaria), espiritualidad (dadora de sentido). Integrar estas dimensiones y darles operatividad no puede no ser la *prioridad ética* fundamental. “El proceso del desarrollo integral de la persona y de la sociedad requiere tanto de una economía ecológica y culturalmente sustentable, como de una ética pública... guiada por un principio de corresponsabilidad solidaria fundado en la intersubjetividad y en una conciencia de la asunción de las consecuencias y de los efectos que previsiblemente se sigan de las acciones humanas”.¹⁵ Integralidad de la persona, economía ecológica, cultura sustentable, responsabilidad, como ejes de la política.

Más allá de los *modelos* de *polis* antigua (restringida a algunos), *cosmópolis* moderna (formal-racional, desarraigada de lo humano) y *tecnópolis* contemporánea (tecno-reductora de lo político), *biópolis* es *proyecto*, abarcador de toda persona y toda forma de vida en común fundada en su cuidado como prioridad. Vida valiosa, bien común, aproximación bioética, reconstrucción de la politicidad como convivencia, más allá de la supervivencia y la coexistencia, convergen en biópolis. Territorio-espacio-lugar (político) para la vida, ciudad sustentable y trascendente (de cara a las generaciones futuras y a la espiritualidad), ciudad éticamente inteligente, en la convergencia teórica y práctica de contenidos de vida, salud, persona, comunidad, humanidad y trascendencia.

14. D. Michelini, *El bien común: discusiones actuales*, Buenos Aires, UBA2006.

15. *Ibidem*.